

VERANO
DE Carlos
Moliner
MIEDO

premio minotauro 2014

CARLOS MOLINERO

Verano de miedo

minotauro

Primera edición: octubre de 2014

© Carlos Molinero, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Avda. Diagonal, 662-664, 7.^a planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0219-3

Depósito legal: B. 20.389-2014

Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.

Impresión: Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

JUAN

¡Hombre, no celebréis todavía la derrota de lo que nos dominaba hasta hace poco!

Aunque el mundo se alzó y detuvo al bastardo; la perra que lo parió está otra vez en celo.

La increíble ascensión de Arturo Ui,

BERTOLT BRECHT

18 enero de 1938
Hospital Clínico de Madrid

Mi querida Milagros:

Ayer volví a toser grumos negros y el miedo me volvió a dejar en vela toda la noche. No me aterra la tos que hace temblar mi pecho y que suena como esas ametralladoras con las que nos disparaban los italianos. El frío húmedo que sale de las baldosas y empapa las sábanas es algo a lo que me he acostumbrado, aunque siempre termino soñando que estoy muriendo sobre la nieve, lejos de ti, lejos de tu madre. Algunos no duermen por miedo a las ratas, pero no es mi caso, porque, cuando una me pasa por los pies, lo único que consigue es calentarme un poco. Los piojos, a ellos sí que no los aguanto. Su picor me hace restregarme contra las paredes, su presencia me congela, me trae recuerdos, aunque nada como la sangre negra, esa sí que no me deja dormir. Porque es la suya, la que corre por las venas de esos que nos atacaron el verano pasado, cerca de la vega alta, pasado el río.

Tú siempre has sido especial. Oías los aviones facciosos antes que nadie. ¿Puedes oírlo? ¿Puedes oírlos? Estoy seguro de que sí. Yo puedo. Todo el tiempo. Un zumbido

por encima de los gemidos y las toses. Por encima de los disparos lejanos y los grajos. Un sonido como las gotas de lluvia de invierno contra la piedra de la tapia, lento, pero continuo. Son sus manos recubiertas de sangre seca. Son ellos. Hambrientos. Buscando la libertad.

Ya sé que tu madre no quiere oír hablar más de estas historias, pero espero que tú, que eres más lista que el rayo, leas estas líneas y hables con ella. Que ignore lo que le digan los médicos, lo que le cuenten los de la brigada del Jarama, que lea mis palabras y me haga caso. Mañana, antes de que salga el sol, volverán a darme una ducha de agua helada, pensando que el ruido del agua golpeando mi piel y el desagüe tragando son suficientes para acallar ese rumor. Seguro que lo oyes. Creen que con el hielo pueden borrar los sueños. Pero no es eso lo que hay en mi cerebro. Son recuerdos, grabados a fuego, como tu madre y yo cogidos de la mano bajo los olivos antes de la feria de septiembre. Los recuerdos, esos no se pueden lavar por muy fría que echen el agua.

Cada vez me cuesta más respirar y he perdido casi doce kilos, estoy tan delgado como el Canelo antes de que se metiera debajo del carro del quincallero. Pobre Canelo.

La verdad es que me miro al espejo roto de los baños y mi aspecto blancuzco y las ojeras me recuerdan a ellos. Lo que pasa es que mis ojos son negros, apagados, casi muertos y los suyos eran como la leche cortada con un coágulo de sangre flotando.

Llegaron el 11 de junio, al atardecer, cuando nos pasaban por encima los copos calientes del polen de las encinas y el frescor del río nos hacía hablar de quién había besado a quién el día de la Virgen y si esta o aquella se

dejaba tocar por debajo de la camisa y si olía fuerte o a colonia. Hija mía, los hombres somos así y cuanto antes los sepas, antes podrás alejarte de nosotros.

Hasta el sargento Picopala se reía y, mientras se limpiaba el sudor de la calva, nos contaba cómo había pasado la noche de bodas en un pajar, entre la picazón y el olor de las boñigas de vaca.

Y nada más desaparecer el sol, cuando el cielo estaba todavía azul y las estrellas no habían aparecido, nos dimos cuenta de que un humo extraño nos rodeaba.

Manolillo dijo que era calima, que él la había visto muchas veces en la guerra de África, y los dos de Guadalix se llevaron las manos a la cabeza temiendo que empezara otra vez a contar sus heroicidades bélicas, que habían oído tantas veces.

Yo respiré, y noté el olor del agua del río, del campo, de las flores, ese olor que traía tu madre en el pelo cuando llegaba de trabajar en Los Parrales. Pero debajo había otro aroma, dulce, pegajoso, que se colaba por la nariz y dejaba un regusto amargo.

Dicen que nadie más lo oyó, que lo soñé, como todo, pero en la lejanía, en el viento que apestaba, me llegó un susurro, unas palabras en otro idioma, algo que no entendí, pero que me erizó los pelos de la nuca igual que el beso que nos dimos tu madre y yo bajo el puente viejo la noche que te concebimos.

Y antes de que pudiera decir nada oímos la voz de pito del Ambrosio, que con más miedo que vergüenza dio el alto y luego disparó.

Así que todos cogimos el quitapenas y corrimos a nuestras posiciones, esperando ver un pelotón de italianos, o algún espía mal escondido entre las hierbas.

Pero lo que descubrimos fue cuatro sombras con largos abrigos que se recortaban contra el cielo azul marino, caminando muy despacio, ignorando los gritos de alto. Cuatro siluetas que tenían forma humana. Pero eso era lo único que tenían que ver con nosotros, la forma.

Manolillo, que tenía muy buena vista con las gafas que le robó al cura, gritó: «¡Alemanes!», y todos empezamos a disparar.

Las balas parecían no alcanzarles porque no caían, pero yo notaba cómo golpeaban sus cuerpos, deteniéndolos sólo un segundo, para luego seguir su camino.

El ruido de la anilla de la granada llegó antes que los juramentos de Picopala, que lanzó la bomba contra las sombras. Pero antes de que cayera en la maleza saltaron tan rápido, tan lejos, que dejé de verlos.

Y entonces sentí que habían arrasado el olor del campo, del atardecer, de la colonia de tu madre. En vez de eso, se olía el dulzor de la fruta podrida y comida por gusanos, la carne al sol durante días de las ovejas destripadas por los lobos. Era tan fuerte el hedor que arrojé, manchando la camisa y las alpargatas, sintiendo el calor de mi vómito y agradeciendo ese olor ácido que anulaba el perfume a muerte que aquellas sombras traían consigo.

Los disparos y los gritos se oían al final de la trinchera, y Picopala gritó órdenes que nadie escuchaba, porque las sombras se movían, mutilando y cortando. Eran hombres, pero parecían pegados a la oscuridad, surgidos de la misma noche. Ellos no reflejaban la escasa luz de los candiles, sólo el brillo de las bayonetas manchadas de sangre, de sus insignias plateadas en forma de rayo, de sus dientes amarillentos y punzantes. Pero entre las nubes de dolor, los

gemidos de agonía, destacaban sus ojos, que no tenían pupilas, sólo venas rojas inflamadas que parecían tener vida y que palpitaban al mirar a los hombres agonizantes. La trinchera olía igual que cuando tu abuelo hacía las morcillas, y los gritos de las gargantas cortadas eran más agudos que el de los gatitos que estampan los críos contra el pilar del puente. El calor de la sangre derramada parecía empapar el polen de rojo y lo hacía caer al suelo, sobre los cuerpos muertos, sobre las súplicas de piedad, sobre nuestros verdugos.

Ambrosio disparaba a todas partes y casi me vuela el brazo, pero uno de ellos lo agarró por el cuello, ignorando las balas, y con la bayoneta le hizo un agujero en la garganta por el que empezó a beber. Ambrosio me miraba mientras sus piernas temblaban en el aire y el suelo que había bajo sus pies se mojaba con sus orines.

La sangre salía de su garganta haciendo el ruido de un sumidero atascado, y la criatura bebía lentamente, aunque no podía evitar que algunas gotas cayeran sobre la orina. Las manos de Ambrosio soltaron el rifle sobre el charco de desechos, y su lengua le salió por la boca, intentando respirar un aire que nunca volvería a entrar en sus pulmones.

Y las gotas rojas salpicaron una insignia del uniforme del asesino. Una insignia que atraía la mirada, como el pozo de nuestra casa cuando la luna se refleja al fondo. Una insignia de medio sol negro con una cruz gamada en su interior. El amanecer sin luz que vienen a traernos, un día eterno de frío y oscuridad.

Picopala me agarró por el brazo y me hizo correr por la trinchera, dejando atrás disparos cada vez más espaciados y gritos que se convertían en gorgoteos y gemidos.

Nos encerramos en el polvorín, y el sargento rebuscó entre la escasa munición y las pocas granadas. Le sangraba un costado, pero no parecía importarle.

Al poco encontró un detonador y me explicó que tenía minadas las trincheras por si llegaban los fascistas. Que le enseñó a manejar la dinamita un minero asturiano con el que estuvo en la cárcel en 1934. Mientras se encogía por el dolor me dijo que cogiera el detonador y que saliera de las trincheras para sepultar a esas criaturas, porque si una bala no podía hacerles nada, un barreno del quince no hay bicho que lo resista.

Abrí un poco la puerta del polvorín, y el silencio había devorado el campo de batalla. El zumbido de alguna mosca alimentándose de los cadáveres era lo único que se oía, y el río lejano, que tantos buenos recuerdos me traía, se convirtió en un sonido de matanza.

No veía las sombras, pero su dulzura me llegaba en el viento nocturno, vigilado por algunas estrellas que querían ser testigos de la última lucha contra aquellos asesinos.

«Venga, chaval, tira pa' fuera, que yo te cubro», me dijo Picopala con las manos manchadas de su sangre y cogiendo granadas a puñados. «Y no mires atrás, me cago en la leche, no mires atrás.»

Salí corriendo por la puerta con el detonador zumbando mientras soltaba cable detrás de mí, como si fuera un Pulgarcito que no quiere volver a casa.

Oí la primera granada antes de sentir su presencia detrás. No miré, no volví la cabeza, pero notaba su sombra en mi nuca enfriando mi piel, oía sus pisadas en la tierra polvorienta, avanzando muy rápido, y cómo las granadas hacían gritar a alguna de las criaturas.

Un susurro en alemán me acarició el oído. La escalera no estaba lejos, pero no sabía si podría llegar. Fue una frase pronunciada a media voz, pero que aún tengo metida en la cabeza. Algo incomprensible con lo que sueño todas las noches.

Al llegar al final de la trinchera subí por los escalones de madera y noté una mano helada agarrándome, un abrazo de hierro, así que salté como pude fuera del foso y volví la cabeza mientras apretaba el detonador.

Y vi sus pupilas, como una araña roja de mil patas en medio de la nieve, una mirada negra que brillaba más que todas las estrellas y que las devoraba. Un pozo de agua sucia y profunda que me atraía.

La explosión me reventó los tímpanos y el sonido de la noche se convirtió en un chirrido que arrastró los ojos hambrientos, que desmembró el cuerpo de mi perseguidor y lo cubrió con la tierra de la que nunca debería haber salido.

Su mano quedó agarrada a mi pierna, apretándola con una fuerza imposible y tuve que cortar los dedos con mi navaja, limpiando el vómito seco de mis pies mezclado con una sangre negra y densa, igual que el alquitrán que pusieron el año pasado en la carretera general, pero más frío. Una mano humana que parecía muerta hacía mucho tiempo y que aún se movía cuando salí de la trinchera enterrada.

El polvo tapaba las estrellas y lo convertía todo en una niebla difícil de respirar. Mis oídos eran dos clavos de dolor inútiles.

Cojeé con la herida de aquella garra palpitando en mi pierna, recordándome que mis cazadores podían estar to-

davía vivos. Al amanecer conseguí llegar al puesto de Bajavelilla.

Y allí conté lo que había pasado, sin oír mis palabras, sin oír al capitán, sólo un zumbido. Un ruido constante que pensé que era el de mis tímpanos reventados. Me equivocaba. Les dije lo de las cuatro criaturas, los rayos plateados, el símbolo oscuro con la esvástica, la sangre, las balas que apenas los hacían trastabillar. Pero no me creyeron y me trajeron aquí, diciendo que la matanza me había vuelto loco. Y aunque todos los hombres tengan derecho a perder la cordura cuando ven la guerra desnuda, sin palabras valientes, sin discursos, llena de mutilaciones y gritos, puedo decirte que no es mi caso. Aunque me gustaría haber perdido la razón para no recordar esas bocas babeando y sangrando, esas manos temblorosas en el último estertor, ese olor a sangre y heces del destripamiento. No estoy loco. Recuerdo. Lo que pasó, pasó. Porque el olor dulce de la putrefacción está continuamente en mi nariz, borrando el amoníaco con el que limpian el suelo, impidiendo que reconozca el sudor de mi fiebre. Porque aunque he recuperado el oído, el rumor sigue aquí. No está en mi cabeza. Es el ruido lejano de sus manos pálidas enterradas entre el hormigón y la tierra, entre los despojos y la metralla. De sus dedos arañando muy despacio, acariciando el vientre de barro y muerte para salir de la tumba que Picopala improvisó. De sus uñas y ese susurro en alemán que anula las voces de mis compañeros demenciados. Porque veo sus ojos todos los días, antes de dormir, después de dormir, en mis sueños. Y el rumor, continuamente el rumor.

Así que dile a tu madre que deje la tiza, que abandone

la escuela y escapad a Francia, huid mientras podáis. Escapad porque la guerra está perdida. Es una lucha que nunca ganaremos. Podemos pelear contra los falangistas, contra los tanques alemanes, contra sus ideas. Pero no se puede matar a la muerte misma, no se puede quemar la niebla, no se puede vencer a la noche.

Huid, amor mío, antes de que sea demasiado tarde.

Sabiendo que nunca más te verá, se despide,

TU PADRE